

Juan Crisóstomo

SOBRE LAS RELIQUIAS

I

¿Qué diré y qué hablaré? Estoy fuera de mí y loco con una locura mejor que la misma prudencia; vuelo de júbilo, y salto de placer, y me elevo a los aires, y estoy como embriagado por esta alegría tan espiritual. ¿Qué diré y qué hablaré? ¿El poder de los mártires? ¿La animación de la ciudad? ¿El celo de la Emperatriz? ¿El concurso de los

principados? ¿La vergüenza de Satanás? ¿La derrota de los demonios? ¿La generosidad de la Iglesia? ¿El poder de la cruz? ¿Las maravillas del Crucificado? ¿La gloria del Padre Eterno? ¿La gracia del Espíritu Santo? ¿La alegría de todo el pueblo? ¿Los regocijos de la ciudad? ¿Los conventos de los monjes? ¿Los coros de las vírgenes? ¿Los escuadrones de los sacerdotes? ¿La fortaleza de los seglares, de los siervos, de los libres, de los magistrados, de los súbditos, de los pobres, de los ricos, de los extraños, de los ciudadanos? De todos ellos se puede oportunamente decir: *¿Quién dirá, Señor, tu múltiple poder? ¿Quién hará resonar tus misericordias* (Sal. 105, 2)? Las mujeres retiradas y más blandas que la cera, dejando sus casas, han competido en ánimo con los hombres más robustos, haciendo a pie tan largo camino; y no sólo las jóvenes, sino también las ancianas; y ni lo débil de su naturaleza, ni lo delicado de su modo de vivir, ni el fausto de la grandeza han sido obstáculo de su fervor. Los magistrados, a su vez, dejando sus vehículos, y sus lictores, y sus lanceros, se han mezclado con la gente ordinaria. ¿Y a qué hablar de las mujeres y magistrados, cuando la misma que se ciñe diadema y se viste de púrpura, por todo el camino no ha consentido separarse un punto de las reliquias, sino que como sierva acompañaba a los santos, tocando la urna y el lienzo que la cubre, pisando todo el fausto mundano, ofreciendo hermoso espectáculo a las miradas de todo este pueblo, siendo así que ni los eunucos que viven en el palacio imperial la pueden ver? La imperiosa fuerza del amor a los mártires y la llama de la caridad han obtenido que se arrojaran todas esas máscaras de vanidad, y que descubierto el corazón mostrara su celo por el culto de los santos mártires. Porque se ha acordado del Santo Profeta David que, vestido de púrpura, y ceñido de diadema, y empuñando el cetro del pueblo hebreo, en la traslación del arca, dejando todo aquel fausto, saltaba de placer, y bailaba y danzaba lleno de regocijo y fuera de sí, mostrando en sus saltos el gozo que tenía por tan ilustre suceso.

II

Pues si en el tiempo de la sombra y figura era razonable mostrar semejante alegría, ¿cuánto más en el de la gracia y verdad? Porque mucho mejor que el arca de David es la que aquí se traslada; pues no contiene placas de piedra, sino placas espirituales, y la gracia que gratuitamente florece y difunde sus resplandores, y los huesos de los santos que compiten con el brillo de los rayos solares, mejor diré, los

vencen con fulgores mucho más espléndidos. Porque los malos espíritus ningún daño reciben de mirar los rayos del sol; mas no pudiendo resistir el resplandor que de aquí brota, se ciegan, y se retiran cobardes, y desde muy lejos huyen precipitados. Tal poder tiene aún la ceniza de los santos; poder que no queda oculto dentro de las reliquias, sino que pasa muy adelante, pues ahuyenta a las impuras potestades del infierno, y a los que con fe se acercan a ella les concede con gran magnificencia la santidad. Por esto la Emperatriz, amante de Cristo, ha acompañado a las reliquias, tocándolas continuamente, y obteniendo bendiciones; y a todos ha enseñado como maestra, cuán excelente es esta espiritual mercadería, y cómo todos deben sacar agua de esta fuente espiritual que, por más que siempre se saque de ella, nunca se agota. Porque así como el manantial copioso de una fuente no se puede reprimir dentro del seno de la tierra, sino que exuberante rebosa por defuera, así también la gracia del Espíritu Santo, que está en los huesos de los santos y vive dentro de sus almas, pasa también a los demás que con fe se acercan a ellos, y redunda del alma a los cuerpos, de los cuerpos a los vestidos, de los vestidos al calzado, del calzado aun a la sombra (Hech. 19, 12). Por eso tenían fuerza celestial, no sólo los cuerpos de los Apóstoles, sino también sus sudarios y ceñidores; ni sólo sus sudarios y cintos, sino aun la sombra de San Pedro tenía mayor poder y virtud que los mismos vivos.

Asimismo, la capa que descendió sobre el cuerpo de Eliseo le trajo gracia duplicada; y no sólo el cuerpo de Eliseo, sino también aquella vestidura estaba llena de gracia (3 Re. 19, 19). Lo mismo acaeció con los tres jóvenes: porque la naturaleza del fuego no sólo respetó a sus cuerpos, sino también a su calzado (Dan. 3, 94); y con Eliseo, pues que no le abandonó la gracia después de muerto, sino que fue destruida la misma muerte, cuando fue arrojado otro cadáver al sepulcro del profeta (4 Re. 13, 21). Así ha sucedido también hoy; al ser conducidas en procesión las reliquias, han desaparecido los incendios que suscitan los malos espíritus, los llantos y los clamores, por salir de los huesos un rayo de luz que abrasaba la región de las potestades enemigas.

III

Me regocijo, pues, y salto de placer, porque habéis dejado desierta, habéis dejado vacía la ciudad, porque nos habéis hecho ver la

riqueza espiritual de la Iglesia. He aquí cuántas ovejas, y en ninguna parte se ve el lobo; cuántas viñas, y en ninguna parte aparecen zarzas; cuántas espigas de trigo, y en ningún parte hay cizaña. Un mar se extendió desde la ciudad a este puerto, mar sin oleaje, libre de naufragios, libre de escollos; mar mucho más dulce que la miel, mucho más dulce que el agua dulce. Bien diría quien le llamara mar y río de fuego; tan al vivo ofrecen a la fantasía la imagen de un río de fuego las hachas encendidas que en espesa hilera y sin interrupción se extendieron desde la ciudad hasta este santuario de mártires. Y esto de noche: porque al aparecer el día aparecieron otras hachas y luces distintas; pues a las materiales el resplandor del sol las oscurecía y debilitaba, pero hacía que resplandecieran más las que brillan en la mente de cada uno; porque el fuego de vuestro fervor superaba al calor de aquel fuego material, y cada uno llevaba dos hachas: la del fuego material de noche, y la del fervor de noche y de día; o mejor, no quiero tampoco llamarla noche, porque compitió con el día, y os trajo a vosotros hijos de la luz, y os hizo aparecer más brillantes que innumerables estrellas y que el lucero de la mañana. Porque así como los que se embriagan convierten el día en noche, así los que permanecen velando y despiertos convierten la noche en día. Por eso durante toda la noche cantaba yo aquello del Profeta: *La noche, mi resplandor, en mi alegría; y las tinieblas no se oscurecerán por ti, y la noche se iluminará como el día: como son sus tinieblas, así también su resplandor* (Sal. 138, 11). Porque, ¿a que día no ha superado en luz esta noche, cuando todos saltaban de placer por la sobreabundancia de gozo, llenos de alegría espiritual, cuando, derramándose tantos pueblos, han rodeado los caminos y la plaza? Ni había parte del suelo descubierta, sino que, cubierto de hombres, aparecía todo el trayecto como una cadena de oro no interrumpida, como un río que avanza con impetuosa corriente; y si mirábamos arriba, veíamos en el cielo la luna y los astros en medio de él, y si abajo, la muchedumbre de fieles, y a la Emperatriz en medio con más esplendor que la luna. Porque así como los astros de aquí abajo (los fieles) son mejores que los astros del firmamento, así también la Emperatriz vence en resplandor a la luna. ¿Y cómo no? ¿Acaso resplandece tanto la luna, cuanto resplandece el alma hermoseedada en este acto con tan viva fe? ¿Qué podremos admirar más en ella, su celo más ardiente que el fuego, su fe más firme que el diamante, la contrición, la humildad de su alma en que a todos ha oscurecido, arrojando de sí los honores de Emperatriz y la

diadema, y todo el aparato real, y vistiendo la vestidura de la humildad en vez de la de púrpura, y brillando más con aquélla que con ésta? Muchas reinas ha habido que en muchas ocasiones comunicaron a otros las vestiduras y las coronas y aun los honores reales; tan sólo de la nuestra es este honor eximio; sólo de la nuestra es este trofeo. Porque ella ha sido la única entre todas que ha enviado ante sí a los mártires, con tan crecido honor, con tanta solicitud y piedad; ella se ha mezclado con la multitud, y ha prescindido de toda comitiva, y ha hecho casi desaparecer por completo toda diferencia de condiciones. Por eso no ha sido menos el bien que ha hecho al pueblo, que el honor tributado a los mártires. Porque todos, ricos y pobres, así como miraban a las reliquias, así miraban atónitos la constancia de la Emperatriz, pues la veían en tan largo trecho estar como pendiente de las santas reliquias, sin fatigarse ni rendirse, sino clavada a la urna que la sostenía.

IV

Por esto no cesamos de bendecirte, y no seremos los únicos nosotros, sino que lo harán también todas las futuras generaciones. Pues este acontecimiento se oirá en los términos de la tierra, y dondequiera que alumbre el sol; y lo oirán nuestros descendientes y los descendientes de éstos, y ningún tiempo lo pasará en olvido, porque el Señor lo publicará con grande honor en todas las partes de la tierra y a todas las futuras generaciones. Si hizo que la obra de una meretriz llegara hasta los términos de la tierra, y viviera inmortal en la memoria de los hombres, con más razón no permitirá que permanezca oculta la obra de una mujer tan ilustre, respetable y prudente, que, siendo Emperatriz, ha demostrado tan grande piedad; antes bien, todos te bendecirán como a hospedadora de los santos, protectora de las iglesias, émula del celo de los Apóstoles. Porque aun cuando tienes naturaleza de mujer, puedes emular las obras de los Apóstoles. Mujer fue, y de la misma naturaleza que tú, Tebe, que recibió al maestro de las gentes (San Pablo), y se constituyó en su protectora; y, sin embargo, resplandeció tanto, que aquel Santo Apóstol, digno de los cielos y mayor que los demás, publicó su nombre diciendo: *Fue protectora de muchos y de mí mismo* (Rom. 16, 2). Mujer fue asimismo Priscila, mas esto no impidió el que se publicara su nombre y fuese inmortal su memoria (Hch. 18, 2-26; Rom. 16, 3). Y, en fin, mujeres fueron otras muchas

que cuidaron de la vida de los Apóstoles. Entre ellas te contamos nosotros también a ti, y no tememos equivocarnos, porque eres puerto de todas las iglesias y te sirves del imperio de este mundo para ganar el de la otra vida, erigiendo iglesias, honrando a los sacerdotes, destruyendo el error de los herejes, recibiendo a los mártires, ofreciéndoles, no la mesa, sino el corazón, no el palacio, sino la voluntad, o más bien el palacio y la voluntad juntamente. También María fue en otro tiempo (Ex. 15, 20) delante del pueblo, llevando los huesos de José, y entonó un cántico de triunfo; mas ella lo cantó por haber sido sumergidos en el mar los Egipcios; tú, por haber sido derrotados los demonios; ella, por haber sido Faraón humillado en las aguas; tú, por haber sido reprimido el mal espíritu; ellas, con tímpanos; tú, con el alma y corazón, cuyo sonido se extiende más que el de una trompeta; ella, por haber sido libertados los judíos; tú, por haber sido coronada la iglesia; ella, conduciendo a un pueblo de una lengua; tú, a innumerables pueblos de diversas lenguas. Porque nos has traído innumerables coros de gentes, los de la lengua romana, los de la siríaca, los de otras lenguas extranjeras y los de la lengua griega, cantando los salmos de David; ¡qué espectáculo ver a diversas naciones y diversos coros tocando una sola cítara, la de David, y coronándote a ti con sus plegarias!

V

Exigía el regocijo de esta fiesta la presencia del Emperador, que tan celoso es del culto de Dios, y contigo lleva el yugo de la virtud; pero propio ha sido de tu prudencia dejarle hoy en casa y prometernos su presencia para mañana. Y en efecto, amados hijos, a fin de que la muchedumbre de caballos y el tumulto de los soldados no impidiera a las doncellas, y a las ancianas y ancianos, y turbara el regocijo, ha obrado como lo pedía su prudencia, dividiendo esta fiesta solemne. Porque si hoy se hubieran presentado ambos, hoy se hubiera acabado la festividad; pero a fin de que con el reposo de hoy crezca mañana en esplendor y regocijo, la ha dividido, en atención a él, y presentándose hoy ella, nos ha prometido para mañana la presencia del Emperador. Pues así como es su consorte en el imperio, así lo es también en la piedad, y no permite que en las buenas obras deje él de tener comunicación, antes en todo le hace participante. Ya, pues, que conviene prolongar esta fiesta espiritual hasta el día de mañana, mostre-

mos de nuevo el mismo fervor, para que así como hoy hemos visto juntamente con la ciudad a la cristiana Emperatriz, así también mañana veamos presente con su ejército al religioso Emperador, ofreciendo a Dios el mismo sacrificio, sacrificio de piedad, sacrificio de celo, sacrificio de fe; y uniendo nuestras oraciones con las de los santos mártires, pidamos para los dos vida larga, vejez dichosa, hijos para ellos, e hijos también para sus hijos, y ante todo, que se les conserve este celo, que se les aumente la piedad, y que de tal manera terminen la vida presente, que reinen por siglos interminables juntamente con el Unigénito Hijo de Dios. *Si con él sufrimos*, dice San Pablo, *también reinaremos con él* (2 Tim. 2, 12), y gozaremos de los bienes sempiternos: ¡ojalá todos nosotros nos hagamos dignos de ellos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA